

CAMINO DE ROSAS.

Diario de Andrés. Lunes 9 por la mañana. Escrito en el hospital.

Abrí los ojos y tuve que cerrarlos en seguida, no aguantaba los tímidos rayos de luz que penetraban a través de la persiana, la cabeza me dolía, la habitación me daba vueltas sin parar, no recordaba nada, tenía algo de frío y noté que estaba desnudo en la cama tapado solo con una fina sábana de lino. Sonó el teléfono que había sobre la mesita, al tercer tono lo descolgué y se me cayó al suelo. Se partió en pedazos.

Este texto apareció escrito en un papel dentro de mi diario. Era mi letra, pero yo no recordaba ni cuando lo escribí ni el despertar que describía. Ahora lo he copiado en el diario.

Diario de Norah. Sábado 7. Escrito mientras tocaba la banda de Montes. Me encontré con un chico que consiguió seducirme en tan sólo cuatro minutos y luego desapareció. Se celebraba el hermanamiento de las agrupaciones de Llanos y Montes. Los nombres geográficos de los pueblos ya incitaban a la unión. Esta fiesta se organizó por los directores de las bandas que se conocían y les gustaba disfrutar de estos encuentros. Solían intercambiar la dirección y fusionarlas para tocar alguna composición. Los músicos tenemos la oportunidad de pasarlo bien en compañía de los compañeros de otra banda. La noche se dedica a recorrer los bares del pueblo. Yo fui con otra motivación. Tenía un compromiso con el director y también con la beca para un máster en interpretación musical.

Llegamos con retraso y empezamos el pasacalle nada más bajar del autobús. Cada banda recorrió el pueblo por un lado. Al llegar a la plaza mayor, mezcladas las dos bandas, tocamos *Camino de rosas*. La música me hace ver las cosas de otro modo. Y este pasodoble me hace sentir optimista. Me veo andando de la mano de un chico en un jardín con cientos de rosas. Pero no esperaba que pudiera ser tan poderosa la influencia de esa composición. A mi lado se puso un joven de la banda de Montes que no tocó ni una nota con su clarinete. Me miraba y me sonreía. Me hacía gracia y le devolvía las sonrisas. Bailaba. Luego desapareció. Cuando ellos tocaron su parte del concierto él no estaba en el escenario. Con ansia miraba tratando

de verlo. En la cena también lo busqué y no lo vi. ¿En cuatro minutos que duró el pasodoble me enamoré? Todo aquello me parecía a la vez inquietante y mágico.

Diario de Andrés. Sábado 7 por la tarde Escrito en la sala de espera del hospital. Bajó la primera del autobús que venía de Llanos. Se movía en do mayor con un caminar elegante y cadencioso. Me pareció preciosa y quise estar a su lado al menos todo el fin de semana para recoger la alegría y el optimismo que transmitía. Cómo si la conociera de toda la vida. ¿Era aquella chica la que iba a acabar de romper el espejo? Cuando acabó el pasacalle y llegamos a la plaza, nos mandaron ponernos juntos a los de cada instrumento de las dos bandas. Necesitaba un clarinete para estar a su lado. Se lo cogí a Pedro y le di la trompeta. Pasé del metal a la madera. Siempre me ha parecido que la madera es más dulce y habla de cosas más íntimas que el metal. O quizás se me acababa de ocurrir la frase. Me puse a su lado mientras tocaba. Yo no di ni una nota porque no sé cómo se toca un clarinete. La miraba y se reía. Yo daba pequeños pasos al ritmo de pasodoble y ella me seguía moviendo su instrumento. ¡Qué felicidad! El flechazo de las novelas rosas me había dado de pleno. Cuando iba a hablar con ella llegó mi vecina. Mi madre se había caído por la escalera y la llevaban al hospital. Y mi perro se estaba volviendo loco de ladrar dentro del piso. Intenté decirle algo a la chica, pero no la vi. Todos los músicos se habían mezclado con el público y tuve que irme hacia mi casa.

Diario de Norah. La madrugada del sábado al domingo 8. Escrito en la cama del hotel. Quería encontrarlo y fui a dar una vuelta después de la cena. Fui preguntando a todos los músicos que veía por el pueblo. Dos chicas me dijeron que se llamaba Andrés. Cambió su instrumento para estar cerca de mí. Que él quisiera estar a mi lado era un bonito regalo. Les pregunté la razón por la que no vino a la cena, ni al concierto. No lo sabían. Entonces pasó por allí Pedro que fue al que le cogió el clarinete. Me contó lo que había ocurrido con su madre. Me tranquilicé. No se había escapado porque yo no le gustará sino por el accidente de su madre. La fiesta había perdido todo interés para mí y me vine al hotel a escribir en el diario. Bendito sea este día en el que con solo su mirada me hizo su prisionera.

Diario de Andrés. La madrugada del sábado al domingo. Escrito en el pasillo de la habitación de su madre en el hospital. Recuerdo que escribí una página del diario cuando me dejó mi ex novia. Pero nunca la encontré. Quizás la escribí en un

papel y nunca la copié en el diario. Me describía a mí mismo como un espejo al que golpean y se queda con los trozos juntos, pero rotos. Seguía reflejando como cuando estaba entero.

Había recuerdos de ella en el ordenador, en el móvil, en cada red social y objetos que se dejó en mi casa. Un día decidí acabar con todos sus rastros. Tuve que hacerlo dos veces en cada foto, vídeo, canción o poema que se habían subido a Internet. La primera acción era sencilla, entraba y la mandaba a la papelera. La segunda era luchar contra lo que aún sentía ya que las máquinas me preguntaban si estaba seguro de querer borrarlos. Esta labor no sirvió de nada, yo seguía astillado por fuera y desgarrado por dentro. Nunca creí que pudiera recibir un golpe tan preciso que ni me mató ni me dejaba vivir. Y está tarde una chica vestida con el uniforme de su banda ha acabado con el maldito espejo y todos sus recuerdos. El río de la vida ha vuelto a correr. He ido al cuarto de baño y me he visto de carne y hueso. Pero no he podido estar con ella más que lo que duró un pasodoble.

Diario de Norah. Domingo. Escrito en el autobús. Esperaba que en el último momento apareciera. Pero no vino. Me quedé la última para subir. Y hubo un momento en que sentí un dolor y una tristeza profundos y desconocidos para mí. Fueron sólo unos segundos. Subí y me senté al final del autobús.

No debía de tratar de olvidar lo que había pasado. Recordé el tema de un poema que había escrito en la clase de lengua hace unos años. Hablaba de lo que me estaba sucediendo ahora. Recordaba bastante bien las imágenes que fui describiendo. Se llamaba *Dentro del otro*. Lo reescribí en el viaje y quedó así:

Yo tendré un amor que no habrá que buscar.

El día que nos veamos no será un encuentro.

Siempre habremos estado uno dentro del otro.

Rompiendo las leyes de todas las físicas.

Ni me comí la manzana ni le empujé a que él la comiera.

Somos líneas en una escena de caza pintadas en una cueva.

Escribimos un libro sin letras del que solo se imprimieron dos ejemplares.

En las fotos de su familia o en las de la mía,

escondidos tras un árbol o en algún ángulo oscuro,

se adivina la presencia del otro.

Y a veces al pasar por un espejo aparece el que no debía hacerlo.

Estaremos uno frente al otro.

He pasado todo el viaje recordando y escribiendo los versos. Y he vuelto a ser aquella chica que quería sacar matrícula y que pensaba que el poema era ficticio y que no podía ocurrir lo que en él se contaba.

Se acercó una amiga y me dijo que Pedro le había dado el teléfono de Andrés. Me lo pasó y llamé. Sonó tres veces y dio tono de apagado. Entendí que no debía comunicarme con él hasta que pasaran los cinco meses. Lo que escribí se estaba cumpliendo y podíamos sentir lo que percibía el otro.

Vuelvo a casa ilusionada. Ya sé lo que voy a hacer hasta que llegue la segunda parte del hermanamiento. Él lo sabrá también.

Diario de Andrés. Lunes por la mañana. Escrito en el hospital. Me desperté y estaba en una cama del hospital. No me dolía nada en mi cuerpo. Tenía un gotero puesto. Poco a poco recordé lo que me había pasado y porqué estaba allí. Mi diario estaba en la mesita. Y había dentro una nota con mi letra que no recordaba haber escrito.

Volví a vivir lo que me sucedió el domingo. Mientras operaban el hombro de mi madre, la banda de Llanos se iba. No podía dejar de oír en mi mente *Camino de rosas*. En cinco meses devolveremos la visita. Hablaba conmigo mismo en voz alta. Me vio una enfermera y me dijo que tuviera paciencia. Hablábamos de cosas diferentes. Pero el consejo tenía sentido para los dos asuntos que me preocupaban en aquel momento. Si lo aplicaba a la chica de la banda tendría que esperar cinco meses. Le pregunté por mi madre: ¿Cuánto tardarían en acabar la operación? y me

dijo que al menos una hora y decidí salir corriendo hasta la calle en la que estarían montando en el autobús para verla. Decirle algo. Pasarnos los teléfonos y quedar. Llamé a Pedro y le pregunté si aún estaba allí la banda de Llanos. Me dijo que ya estaban subiendo al autobús y que saldrían en pocos minutos. Me volví loco y salí corriendo del hospital. Debajo de la escalera de entrada había una bicicleta. No estaba atada. La cogí y me lancé al sprint hasta la avenida de la que saldrían. Pero en el primer cruce se me llevó por delante un coche rojo. Ya no sabía nada más de lo que pasó hasta que me desperté. Tumbado pensé en mi madre que descansaría en otra habitación del hospital y en el perro que ladraba en casa.

Diario de Norah. El día antes del encuentro de bandas en Llanos. Cuanto me ha iluminado su corto recuerdo y su larga sombra en estos meses. Quiero volver a vivir el milagro mañana. Estoy segura de que vendrá y que ha sabido todos estos meses lo que podía hacer.

Diario de Andrés. El día antes del encuentro de bandas en Llanos. Nunca intenté comunicarme. El teléfono roto y el dolor de pensar que tendría que volver a limpiar los recuerdos me lo impidieron. Su recuerdo me ayudó a abandonar las aguas tranquilas en las que vivía y me atreví a navegar por mares indómitos. Perdí el miedo. He construido día a día la esperanza con tan sólo nubes de colores en el cielo. Estar luchando a la intemperie me protege hasta mañana. Pero mañana me enfrentaré a la realidad y tengo miedo de que ella no esté.

Diario de Andrés. El día del hermanamiento en Llanos. No dormí casi nada ni en la cama ni en el viaje en autobús. El miedo crecía a cada kilómetro que recorríamos. Ella podría no estar. No acordarse. O tener novio.

Llegamos. Bajamos y solo estaba el director de la banda de Llanos. Yo recogí mis instrumentos y miraba en todas direcciones. Entonces la vi. Venía hacia nuestro grupo con una trompeta en la mano. Se acercaba con lentitud y sonreía. Me aparté de mis compañeros de banda para que me viera y levanté mi nuevo clarinete. Cuando estaba a diez pasos se paró y tocó una marcha triunfal. Su trompeta sonó limpia y potente. Yo le respondí con el inicio de una rapsodia muy conocida con el clarinete. Y los dos juntos mirándonos a los ojos improvisamos *Camino de rosas*.